

## LA PINTURA RELIGIOSA DE SEGRELLES

Un concepto asaz simplista de la crítica del arte reduce, de hecho al menos, el campo de producción de los artistas, en no pocos casos, a una modalidad, un género de temas —los ejemplos serían innumerables—, una modalidad técnica, un matiz de su estilo o una época de su labor. Así, algunos han minusvalorado la pintura religiosa de José Segrelles, aparte de por preferir su labor de ilustrador a base de dibujos, acuarelas y *gouaches*, por creer que, en cierto modo, se debía tal obra a encargos, compromisos oficiales y circunstancias pasajeras nacidas tras de la guerra civil española. Era lógico que un artista católico como Segrelles contribuyese a que en su Albaida, en Algemesí, en Onteniente, en Agullent, en Gandía, en Alcoy, hubiera nuevos o restaurados retablos. La misma patrona de Albaida, la Virgen del Remedio, había sido salvada —y pintada— por Segrelles.

Sin embargo, no es cierto que Segrelles, antes de la guerra, y aun al iniciar su carrera de pintor y príncipe de los ilustradores, anduviera por campos tan sólo literarios, musicales y laicos. En la misma Valencia pueden verse cuadros de sus dieciséis años —1901— inspirados en obras de Juan de Juanes, bellos rostros del Salvador (uno, muy posterior, de después de la guerra, en el sagrario de San Juan y San Vicente), Vírgenes... Y uno de sus mayores éxitos como ilustrador lo obtuvo al comentar plásticamente *Las Florecillas de San Francisco*, como antes había hecho don José Benlliure, quien dijo, al ver las del artista de Albaida, que le había superado.

En algunos viejos catálogos advertimos ya esa labor inspirada en temas marianos o de la Pasión del



«Los siete dones del Espíritu Santo». Baptisterio, Albaida



«Jesús, ante Pilatos». Colección particular, Bocairente

Señor. Cuando en 1936 —marzo— expone en la Federación Industrial y Mercantil de Valencia, además de sus temas sobre Dante, Poe, Wagner, Perrault... se pueden contemplar cinco obras de tema religioso —¡ en aquellos días prerrevolucionarios !—: *La Anunciación*, *La resurrección de Lázaro*, *El huerto de los olivos*. *Los azotes en la columna* y *Ecce-Homo*. Una de sus acuarelas más famosas y vulgarizadas por infinidad de reproducciones es, precisamente, *La oración en el huerto*, en la que un hermosísimo Jesús aparece de rodillas junto a dos olivos milenarios y como ingrávido, etéreo, incorporal.

Con estos claros antecedentes y con su creciente fervor religioso, incrementado por la mayor soledad a que le arrastrara la muerte temprana de su joven esposa Rosita, así como al preferir ya la pintura al óleo a la acuarela y aguatinta desde los años cuarenta y tantos, ¿es extraño que se volcara hacia la



pintura religiosa con deseos de innovación, produciendo más de un largo centenar de creaciones de esta naturaleza? Segrelles, en estos veinticinco años, últimos de su vida, se consagró principalmente a estos temas marianos, apostólicos y de la Pasión, y de manera especialísima a los vicentinos. En la famosa Exposición vicentina de 1955 —en los claustros góticos de Santo Domingo— expuso treinta obras al óleo sobre San Vicente, resaltando las encargadas y propiedad de su entrañable amigo don Vicente Sos Romeu; el San Vicente apocalíptico, de don Luis Martí, aéreo, volador y con influencias del Greco, y *La visión en la catedral*, en que Segrelles emplea la misma técnica que en *La oración en el huerto* y que posee el señor Momblanch y Gonzálbez. Algunas de estas obras fueron luego exhibidas en la Sala Toisón, de Madrid; en Grifé y Escoda, de Barcelona; en la Generalidad de Valencia... El expresivamente dramático San Vicente hablando al terco Papa del Mar —en Valencia—, con el título *Ossa arida audite Verbum Domine*, es de 1948 y encabezó alguno de sus catálogos.

*Reina de las reinas*, *Pentecostés*, *Assumpta*, *Dulce sueño* y *Natividad* (colección Julio de Miguel, en Valencia) son mostrados en Barcelona en 1959. Muy anteriormente el papa Pío XII recibió el *San Pedro* y el *San Pablo*, que pudimos ver en el Círculo de Bellas Artes de Valencia antes de que se trasladaran al Vaticano. Y el Caudillo envió un *San Francisco* y un *San Vicente*, existiendo otras versiones de este último santo valenciano en la Diputación de Valencia, en el Ateneo Mercantil, en docenas de colecciones particulares y en su propia casa-museo de Albaida. Hemos visto también imágenes de San Luis Beltrán, de San Vicente Mártir, de San Antonio. En sus obras de la zona alcoyana sus pinturas —objeto de otro artículo en este mismo número de ARCHIVO— no faltan, lógicamente, con representaciones de San Jorge, San Mauro y otros santos de devoción en la comarca.

¿Puede negarse que después de José Benlliure ha sido Segrelles —sin olvidar a Ramón Stolz; recordemos sus obras en la basílica de la Patrona de Valencia— el pintor moderno que con más entusiasmo se ha entregado durante más de un cuarto de siglo —con diversa fortuna, claro— a la pintura religiosa en Valencia?

Por eso el día que se escriba un estudio completo de su vida y obras no habrá de tratarse rápidamente



«San Pedro». Iglesia parroquial de Albaida

el capítulo dedicado a su tarea como pintor religioso, intensificada en estos veinticinco años últimos de su vida, pero con antecedentes que se remontan a su adolescencia, cuando aún debía de recordar muy vivamente sus pequeños oficios de monaguillo en Albaida —hijo del sacristán—, de acólito en San Martín, cuando iniciaba sus estudios de artista en la Escuela de San Carlos, de Valencia, al iniciarse el siglo actual, en los días en que el sorollismo triunfaba en toda línea y él caminaba hacia la Ciudad Condal, sin ser esclavo absoluto de aquél, aunque aprovecharse, con originalidad, sus conquistas y valiosas enseñanzas.

FERNANDO DICENTA DE VERA